



LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 24.—1.º de Marzo de 1871.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

LA CARIDAD EN ESPAÑA.

Enfermería de la Tercera Orden de San Francisco.

Muchos son los habitantes de Madrid que solo conocen de este gran pueblo la parte céntrica, donde está la animacion producida por el comercio, los teatros, los cafés y las oficinas públicas; ó las afueras, donde se hallan los paseos: pero que en cambio ignoran hasta la existencia de establecimientos modestos, aunque muy dignos de visitarse, que están situados en calles retiradas del bullicio.

En este caso se encuentra el hospital de la Orden Tercera de San Francisco. Para muchos será desconocido; y aun no faltará quien, habiéndolo visto por el exterior, extrañe que nos ocupemos de él, puesto que no es un edificio monumental, ni encierra centenares de enfermos. Pero como no es el brillo exterior ni el número de acogidos lo que da grandeza y realce á un establecimiento benéfico, sino el modo con que se llena el objeto de su instituto, creemos conveniente llamar la atencion del público hácia el hospital de la calle de San Bernabé, sitio pintoresco del occidente de Madrid, que domina el paisaje del Manzanares y de las colinas de San Isidro.

La antigüedad de este hospital, que tiene el modesto título de Enfermería, data ya de algunos siglos. Sabido es que en el instituto fundado por San Francisco en el siglo XIII, habia tres órdenes: la Primera, que comprendia los monjes; la Segunda, las religiosas; y la Tercera, los seglares que, sin encerrarse en el cláustro, ni hacer votos ni dejar la vida del siglo, formaban corporacion sujeta tan

solo á ciertas prácticas religiosas. Esta Orden Tercera subsiste, y segun se nos ha asegurado, cuenta solo en Madrid mas de 50.000 individuos.

La Enfermería, pues, se estableció con el objeto de albergar y cuidar á los individuos de esa Orden Tercera que, estando enfermos, carecen de recursos para su asistencia y curacion. Al efecto hay 70 camas disponibles, distribuidas en varias salas.

Lo notable no es el pensamiento, sino el modo con que allí se ejerce la accion hospitalaria. La Orden tiene, segun parece, bienes y fondos de alguna importancia, y les da una aplicacion bien caritativa. Está regida por una Junta compuesta de personas principales, y notables por su posicion social, por su caridad y por sus sentimientos religiosos; y con tales elementos se ha formado un hospital, el mejor que hemos visto, y creemos que sea el mejor ó uno de los mejores de España (1).

El desaseo, el mal olor, cierto abandono difícil de evitar cuando hay que cuidar gran número de enfermos, y alguna irregularidad y defectos en el servicio, suelen ser por desgracia caracteres distintivos de los hospitales, en parte por la aglomeracion de enfermos, y en parte, y se disculpa tambien, porque no siempre cuentan con todos los fondos y recursos necesarios; pero excepcion agradable de esa regla es la Enfermería de que nos ocupamos. Desde que se pisan sus umbrales se advierte en pavimentos, paredes, techos, camas, corredores y en todas las dependencias un aseo tan extremado, que puede sostener ventajosamente la comparacion con una casa particular, en que su dueño ó dueña lleve hasta el fanatismo la aficion á la limpieza y al buen arreglo.

Las paredes de las salas están perfectamente estucadas, cual aristocrática alcoba; los pisos esterados; el calor sostenido con braseros; hay altares donde los enfermos oyen la Misa cómodamente; camas de hierro con colchones, ropas, abrigos, y cortinas corridas que aislan á cada enfermo, todo excelente, y de una uniformidad y comodidad admirables; un sistema nuevo y sencillo para impedir la infeccion que siempre producen en el aire las necesidades naturales de los enfermos; y todo esto cuidado y servido por buenos médicos, practicantes, capellanes, y doce Hermanas de la Caridad. Las dependencias de cocina, botica, lavaderos y almacenes, son de lo mejor

(1) Hace ya muchos años que el *Ministro* ó Gefe de la Orden es el Excmo. Sr. Duque de Abrantes, que consagra especial cuidado y celo muy laudable á las mejoras y perfeccion del hospital.

que puede desearse. Si el lujo estuviera bien en alguna parte, sería en los hospitales; y los enfermos del de la Orden Tercera disfrutaban comodidades que rayan en lujosas.

Tal vez á algun observador severo le ocurra la idea de que con el capital allí empleado y con el gasto diario que allí se hace, podría sostenerse doble número de enfermos pobres, aunque no estuviesen con tanto esmero y comodidad: pero, en primer lugar, algo hay que conceder á la satisfaccion que produce el ver los enfermos tan bien asistidos en sus dolencias; y además, conviene no olvidar que se trata de un instituto de beneficencia privada, que tiene recursos propios, que nada pide ni recibe del Gobierno ni del público; y por lo tanto hay que respetar su libertad de disponer de lo suyo, mucho mas cuando lo invierte en bien de los que sufren enfermedad y pobreza. Gratitude, pues, muy especial merecen los gefes y Junta de la Orden, que con su celo é ilustrada caridad mantienen esta Enfermería en tal estado de perfeccion.

Llamamos hácia ella la atencion del público, no solo como modelo de caridad hospitalaria digno de admirarse, sino como una institucion muy útil para las familias necesitadas. Con solo ingresar en la Orden Tercera, lo cual no es difícil ni costoso, y no impone, segun tenemos entendido, ni obligaciones penosas, ni votos, ni nada que sea molesto á una persona cristiana, se adquiere el derecho de ser admitido en el Hospital en caso de enfermedad. Y tóngase presente, que así como para la generalidad de los pobres la idea de ir á un hospital público les intimida, como expresion de la mayor infelicidad y como perspectiva de un trato poco bueno, en la Enfermería de la Orden Tercera hay tal comodidad y bienestar, que no será difícil el que los enfermos convalecientes teman, en vez de desear, que llegue el dia de salir á la calle, que es precisamente lo contrario de lo que suele suceder en otros establecimientos.

Antonio Guerola.

A LA PAZ.

Ven, hija del cielo; desciende sobre esos pueblos que se destrazan.

Mira esa tierra de Francia. Ayer causaba envidia, hoy inspira compasion.

Caen los muros desplomados. No vale que sean depositarios de la ciencia, templos del Altísimo, asilos del dolor. Nada hay sagrado.

Las llamas consumen el soberbio edificio de la ciudad y la humilde choza del pastor. Los incendios hubieran podido apagarse con sangre. ¡Tanta se ha derramado!

Los niños preguntan por su padre á la desolada viuda, que responde llorando.

Los jóvenes, muertos ó cautivos.

Los ancianos dicen: ¿por qué hemos vivido tanto?

Los árboles talados, ya no darán sombra; los que á ella se sentaban, duermen para siempre.

Sobre la tierra ensangrentada pasan hombres y mugeres, cubiertos de luto y abrumados de tristeza.

Las desposadas tejen coronas fúnebres, y las madres verán con horror las flores de la primavera que nacen sobre las tumbas de sus hijos.

La alegría huyó, y en aquella Francia tan jovial y bulliciosa, ya no se rien mas que los locos.

Digo mal. Hay un mónstruo que goza y rie en presencia de este cuadro lúgubre y dolorido; un mónstruo que regala sus ojos con ruinas, sus oidos con ayes, sus lábios con lágrimas..... Este mónstruo se llama ¡VENCEDOR!

La medida de sus alegrías son los dolores que causa.

Se apoya en un animal indómito: la fuerza.

Su consejero es una furia: la pasión.

Para fascinar ha inventado una locura: la gloria, que con manto de oropel deslumbra á los insensatos, y cubre sus deformidades horrendas.

No es feroz porque sea turco ni griego, galo ni germano, sino porque es VENCEDOR. En toda época sigue las huellas de Atila, y su espada es siempre la espada de Breno. La destrucción es la ley de la guerra como de la tempestad.

¿Ha creado Dios la luz para alumbrar horrores, y nos ha dado la conciencia para sancionar iniquidades?

Ven, paz bendita; ven, hija del cielo; posa tu mano ungida sobre las abatidas frentes, y sobre las frentes soberbias.

Dile al vencedor, que un pueblo no puede hacer honradamente lo que no debe hacer un hombre honrado.

Que la guerra no da mas derechos que los que tú concedes, ni exime de ningun deber de los que impones.

Dile que puede indemnizarse con cosas, no con personas. Que la cesion de territorio contra la voluntad de sus habitantes, es nula

ante la justicia. El desierto puede cederse ó venderse, no la tierra habitada por criaturas de Dios.

Que cuando el vencedor injusto abusa de la victoria é inscribe en arcos triunfales los nombres de los oprimidos, aquellos nombres son un eterno llamamiento que se oyé tarde ó temprano; y los oprimidos de ayer, opresores hoy, responden:—¡Aquí estamos!

Que los tratados que impone la fuerza, no tarda en rasgarlos la fuerza misma; que no hay pacto duradero si no está inspirado por la equidad.

Dile que una nacion, como un hombre, que pisa al que yace por tierra, se degrada.

Que el humo de la victoria, los vapores del triunfo se desvanecen, y queda la conciencia del mundo y la justicia de Dios.

Que al hacer el recuento de los trofeos que lleva, no olvide enumerar las virtudes que deja. Que aprenda á formar la estadística de la guerra:

Tantos muertos.

Tantos inútiles.

¡Tantos depravados!

A las mugeres alemanas, que lloren al abrazar á esos hijos que han hecho llorar á tantas madres, y cuyas frentes están cubiertas de laurel..... y de maldiciones!

.....

 A los vencidos diles que acepten la humillacion como justo castigo de la soberbia.

Que no pidan á la desesperacion lo que ella no puede dar nunca.

Que reciban las lecciones severas de la desgracia.

Que acepten el terrible fallo de la necesidad, pero no cubran de ceniza la frente gloriosa donde brilla el genio.

Que en la tribulacion, en vez de la blasfemia del réprobo, entonen el salmo sublime de la penitencia.

Que todo dolor recibe consuelo en el tiempo.

Que toda mancha se borra con virtudes.

Que un gran pueblo cae sobre la tierra, pero no en el abismo; y las señales de la inspiracion divina que lleva en la frente, no puede borrarlas el pie sangriento de ningun soldado.

Diles ¡ah! repíteles muchas veces, que los muertos no claman venganza; que desde el mundo de la verdad piden justicia.

Que desde allí la tierra es patria comun, los hombres hermanos, y todo el que inmola á otro, fratricida.

Resignacion, virtud, perdon, olvido, esto piden los manes de las víctimas; esto quieren como homenaje á su memoria querida.

¡Paz bendita y deseada! Llega, no á los lábios hipócritas, sino á reinar en los corazones. Ven á reparar tantos estragos, á restañar tantas heridas, á consolar tantos dolores como deja en pos de sí la guerra.

Que en tu seno mediten los hombres sobre tantos problemas como ha planteado la horrible lucha.

Que piensen si la inteligencia nos fué dada para hacer con ella irresistible el choque de la fuerza, y si el pueblo mas grande ha de ser en adelante el que pueda matar de mas lejos.

A tu voz vuelvan los pobres cautivos que gimen en tierra extraña. Los muertos ¡ay! no volverán aunque los llames.

Calma las iras, templa los rencores, ciega los abismos.

Que la desesperacion no se enseñoree del mundo, ni perezcan insensatos los que tienen esperanza.

Los hay, sí, que esperan. Aun en estos momentos terribles, creen que descenderás algun dia sobre la humanidad menos infeliz, y persisten en su razon dejando pasar los hechos como un rio de lava. Los hombres de sangre y de metal y de hielo, les llaman visionarios; la verdad cuando está muy lejos, tiene apariencias de vision.

¡O paz! hija del cielo. Te llaman, esperan en ti los débiles y los fuertes, los que tienen clara inteligencia y corazon levantado, los filósofos y los de fe sencilla, que hablando con Dios dicen todos los dias:—Hágase tu voluntad, como en el cielo en la tierra.

Concepcion Arenal.

¿HAY CARIDAD EN ESPAÑA?

Es muy frecuente, despues del relato de alguna desventura cuya causa es la miseria, añadir:—¡Aquí hay mucha caridad!—Y muchas veces tambien, habiendo referido una gran desdicha, se dice:—Hay tanta indiferencia y egoismo, que es para desalentar. Nadie se mueve para auxiliar eficazmente al desvalido, y solo Dios sabe el mérito que tiene el mas pequeño paso que se da en el camino del bien, etc.—Y estas dos opuestas conclusiones son verdad en los casos á que se refieren, y en otros muchísimos análogos. ¿Cómo así? ¿Por qué son ciertas dos afirmaciones distintas? Porque, en efecto, hay casos en que la compasion aparece con su piadosa mano, y otros en que se ve la indiferencia, con su mirada vidriosa como la de los muertos, y su corazon helado. Restando del mayor número de estos casos el

menor, con el residuo podremos responder afirmativa ó negativamente á esta pregunta:—¿Hay caridad en España?

Imposible sería llevar la cuenta exacta de las ocasiones en que el corazon debe afligirse ó consolarse en presencia del egoismo y de la abnegacion; pero si no nos es dado contar los hechos, podemos apreciar su índole; y de los que hemos observado, resulta el juicio que vamos á emitir en estos ligeros apuntes.

La caridad, como otras muchas disposiciones que hemos recibido de Dios, puede estar:

- 1.º En estado de instinto, es decir, de impulso.
- 2.º Elevarse á sentimiento.
- 3.º Razonarse; recibir la sancion de la inteligencia.

Es propio del instinto recibir una sensacion, producir un impulso, y cuando ya no ven los ojos el objeto que la produce, olvidar, ó recordarle vagamente. Es tambien propio del instinto que su accion sea fuerte, instantánea, y no continúa. Aplicando estos caracteres al ejercicio de la caridad, comprenderemos que en España, por regla general, está en estado de instinto. A la vista de la desdicha ó á la relacion animada de ella, nuestro corazon se conmueve, nuestra mano da una limosna; pasado aquel momento olvidamos, y de tal modo, que una hora ó un dia despues nos cuesta trabajo dar, ó negamos lo que en el primer impulso habíamos ofrecido. Si ni la vista ó el relato de alguna desgracia hiere nuestros ojos ó entra por nuestros oidos; si nada sabemos de los dolores de la humanidad, ó solo percibimos de ellos un rumor lejano, vago, no determinado, entonces el instinto, aislado de lo que puede despertarle, está como la chispa en el pedernal cuando no choca con otro cuerpo duro. Es, por desgracia, grande el número de personas que entre nosotros tienen la caridad instintiva, y como si dijéramos *inédita*; tal vez mueren sin que tenga ocasion de darse á conocer; tal vez un inesperado suceso revela la existencia de aquel ignorado tesoro.

Cuando el individuo eleva mas su nivel moral, cuando educa, ejercitándolas, sus buenas disposiciones, la caridad de *impulso* se convierte en *sentimiento*, es decir, que su accion no es *instantánea* sino *continua*; que no necesita para compadecer y amparar la vista de la desdicha; que recuerda, que prevee, que forma hábito, y es capaz de sacrificio. Aunque son muchos los que ofrecen ejemplos de la caridad en este estado, no tantos como cuenta el anterior.

Subimos un grado mas, y la hallamos apoyada en la razon y elevada por la inteligencia. No ha perdido la fuerza del instinto ni la belleza del sentimiento, pero además de *impulso* y un *hábito*, es un *sistema*. Razona, generaliza, acusa, ampara, ataca, defiende, halla

causas, espone efectos, da relaciones, deduce consecuencias, pesa obstáculos, busca auxiliares, y llama, en fin, en su auxilio las fuerzas vivas de la sociedad y los recursos todos de la humana inteligencia; y tiene la perseverante energía del que comprende bien lo que desea, y sabe perfectamente lo que hace. No hay para qué insistir en que la caridad en este grado se halla en un número muy reducido de personas.

Sin mas que esta clasificacion se comprende ya por qué, segun las ocasiones, parece que en España hay mucha caridad, poca, ó ninguna. Si el caso requiere la instintiva, brota por todas partes; si la de sentimiento, escasea mas; si la razonada, es posible que no se halle, no porque no exista absolutamente, sino porque no es tan general como las necesidades que la reclaman.

Y al formular esta clasificacion, ¿la hacemos solo como gimnasia de entendimiento, por el gusto de generalizar, y sin que nada útil ni práctico resulte de nuestro trabajo? No es este seguramente nuestro propósito, y esperamos que no sea tal el resultado de nuestras observaciones.

En primer lugar, si lo que hemos dicho es cierto, la verdad es siempre útil; y tanto lo creemos así, que en nuestro concepto es erróneo todo lo que es perjudicial, y que las *verdades peligrosas* tarde ó temprano resulta ó ha de resultar que son *mentiras*.

Despues conviene, para no desalentarse, comprender bien en qué consiste la indiferencia y frialdad que á veces se halla al proponer una buena obra. Tengamos presente que la falta de educacion de los afectos no es sinónimo de perversion, y que el obedecer mas bien al impulso que á la reflexion, y no violentarse para hacer bien, no sucede solo cuando de caridad se trata. Aquel hombre nos niega una hora de trabajo para aliviar un grande infortunio, ¿concluirémos de aquí que es un hombre duro y perverso? No. Á sí mismo se ha negado tambien esa hora de esfuerzo que inútilmente le pedimos; y por irse á paseo, en vez de asistir á la junta de la sociedad minera, de crédito, ó de seguros á que pertenece, ha perdido grandes sumas, dejando que esploten su descuido los que tienen un poco de actividad y mucha mala fe. Resulta pues, que muchas personas no son inútiles para las buenas obras por dureza ó egoismo, sino por dejadez, por descuido, por hábito de no trabajar: defectos que son en perjuicio suyo, aún mas que de los pobres cuya suerte no procuran mejorar. El comprenderlo así nos trae la ventaja de ser justos, nos evita la indignacion que produce en toda alma honrada el espectáculo de la maldad, y nos deja esperanzas, que muchas veces se realizan, de sacar algun partido, y aun mucho, de personas que, por un

juicio equivocado, habíamos creído enteramente inútiles para el bien.

Cuando no hallemos la caridad razonada, inteligente, embellecida con todos los divinos resplandores de la verdad, contentémonos con la caridad sentida; comprendamos que el hábito equivale muchas veces en la práctica al sistema; y si á tanto no podemos aspirar, resignémonos con recibir del instinto sus esfuerzos intermitentes, y recojamos sus dones como el agua de esos manantiales que no tienen corriente seguida.

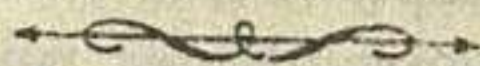
Esto en cuanto á los otros, para no afligirnos por ellos, para no desesperar de su cooperacion, para no calumniarlos. En cuanto á nosotros mismos, procuremos llevar al ejercicio de la caridad todos los dones que hemos recibido de Dios. Recibamos el impulso del instinto, la ternura del sentimiento y la luz de la razon. Nuestra obra será así mas perfecta, y nuestra satisfaccion mas grande: porque las buenas obras hechas al acaso, poco sirven para la perfeccion, y menos todavía para el contentamiento. Los que dan sobre la marcha y dejan caer como al paso sus dones, parece que, como van tan de prisa, no les alcanza el premio, cuyo paso en todo suele ser un poco tarde.

Procuremos inspirar este mismo deseo de perfeccion en todos aquellos que nos rodean, y en quienes influimos. Que la caridad pase de la confusion de un latido á la lucidez de una idea; y si esto conseguimos, hallaremos mas cariño en nuestros hijos, en nuestros amigos, en nuestros hermanos: que la dicha, ó para los que no pueden ser dichosos el consuelo, es mas facil en esas regiones elevadas, en que el bien se ve de cerca y el mal á larga distancia. Los lazos son mas fuertes cuanto mas santos; unámonos por las buenas obras, y hallaremos tantos consuelos que ninguno preguntará:—¿Dónde está el premio de la virtud?

¿Terminaremos este artículo sin contestar á la pregunta que le sirve de epigrafe? No. Creemos que en España hay mucha caridad *instintiva*, alguna caridad *sentida*, y muy poca *razonada*.

Concepcion Arenal.

ANALES DE LA VIRTUD.



Bondad sublime, valor ().*

I.

En la América Española,
Pensativo al pie de un árbol
Está un apuesto mancebo,
Hijo del suelo africano.

(*) Copiamos la Real orden en que consta el hecho asunto de este romance, y por la cual se verá que nada hemos añadido, ni desfigurado la verdad en lo mas mínimo, y que nuestra relacion solo en la forma varía de la de la *Gaceta* del 20 de febrero de 1868; y dice así:

«En vista de la carta del antecesor de V. E., núm. 948, fecha 30 de noviembre último, de la que resulta que, en conformidad con lo que previene el artículo 19 del programa aprobado para la adjudicacion de premios á la virtud, procedió la Sociedad económica de Amigos del Pais á hacer la designacion de los siete individuos de su seno que habian de ocuparse en promover todo lo necesario para que la celebracion de aquel acto tuviera lugar el 28 de dicho mes, en celebridad del cumpleaños del Serenísimo Sr. Principe de Asturias; que aquella corporacion participó á ese Gobierno la dificultad de llevar á cabo su cometido, á causa de no tener mas cantidad disponible al efecto que 1333 escudos, sobrante de la distribucion del año anterior, suplicando se dictaran las órdenes oportunas para que todos los pueblos se apresuraran á reunir las cuotas que con dicho objeto tienen consignadas en sus presupuestos municipales; que así lo hubiera dispuesto ese Gobierno, si los siniestros que en la Isla han tenido lugar no hubiesen venido á destruir la esperanza de cubrir esta y otras atenciones secundarias, ante el imprescindible deber de subvenir á la subsistencia de los que han quedado en la miseria, guardando, por otra parte, alguna consideracion á los contribuyentes, que han visto desaparecer en una noche el fruto de algunos años de trabajo y economía; que pendiente de resolucion la propuesta del jurado, vino el huracan de 29 de octubre, y entre los varios hechos, que ningun elogio bastaria á enaltecer suficientemente, figura el de un esclavo nombrado José Quiñones, detenido en la carcel de Guarabo, en cuya jurisdiccion habia sido aprehendido como prófugo; que recuperó este individuo su libertad por haberse lleva-

Sus ojos lágrimas vierten,
 Ó de ira fulminan rayos,
 Ya se levanten al cielo,
 Ya esten en tierra clavados.
 Á su frente contraída
 Lleva la trémula mano,
 Como si arrojar quisiera
 Algun pensamiento malo.
 Puede oirse en el silencio
 Su respirar agitado,
 Late fuerte el corazon,

do el viento las puertas de su prision, y en vez de aprovechar este accidente para fugarse, se consagró á la salvacion de muchas personas, que á no ser por sus esfuerzos hubieran sido víctimas de la fuerte avenida del rio en aquel punto, presentándose á la autoridad tan pronto como se apaciguó la tormenta; que en vista de tanta abnegacion, y considerando que por las razones antes espuestas no podia tener lugar la proyectada adjudicacion de los premios á la virtud, al paso que existia cantidad suficiente para dar á este individuo la recompensa que merecia su humanitario y noble comportamiento, habia dispuesto ese Gobierno, que de los 1333 escudos se entregasen 1000 al dueño de José Quiñones, por igual suma invertida en su adquisicion, para que inmediatamente, y á nombre de S. M. la Reina, procediese aquel á otorgarle su carta de libertad, ingresando el resto de 333 escudos en los fondos de Beneficencia pública, destinados al alivio de las numerosas necesidades que sentia el pais:

•Considerando que, si bien las sociedades establecidas con el objeto de dar anualmente premios á la virtud, deben ajustar sus actos á reglas preexistentes y programas públicos, las circunstancias anómalas en que esa Isla se encontraba impedian obrar en consonancia con este principio, y á que la notoriedad del virtuoso proceder del esclavo José Quiñones escusaba toda comprobacion sobre los rasgos que le hacian tan acreedor á una recompensa extraordinaria y pública; y considerando que el esclavo, en uso de su derecho, podia, entregando dicha cantidad al dueño, obtener su libertad; la Reina (Q. D. G.) ha tenido á bien aprobar en todas sus partes lo dispuesto en este particular por el antecesor de V. E., y ordenar que esta resolucion se inserte íntegra en la *Gaceta*, para que sea mas pública la ejemplar conducta del liberto José Quiñones.

•De Real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 12 de febrero de 1868.

Marfori.

•Sr. Gobernador superior civil de la isla de Puerto-Rico. •

Tiembla su nervudo brazo,
 Y su contraído rostro
 Revela por signos claros
 Una conciencia que lucha,
 Y un corazón desgarrado.
 ¿Qué tendrá? ¿Tal vez su esposa
 Vendida ha sido á un extraño?
 Los hijos de su cariño
 ¿Le fueron arrebatados?
 ¿Vió sucumbir á su padre
 Al exceso del trabajo?
 ¿De aquella que le dió el sér
 La sangre salpica el látigo?....
 ¡Quién sabe! No hay desventura,
 Ni horror, ni crimen nefando
 Que torturarle no pueda,
 Porque el mísero, es esclavo.

II.

Después que consigo mismo
 Sostuvo combate largo,
 Resuelto emprende la fuga,
 Corre al través de los campos,
 Cruza los bosques espesos,
 Pasa los ríos á nado;
 Quiere ser libre..... ¡Infeliz!
 No habrá tenebroso antro
 Donde no entre la codicia,
 Que arma la ley en su daño.
 Como á una fiera le acosan
 Los perros y los soldados;
 A ellos se entrega rendido
 Por el hambre y el cansancio.
 Y tras de largo camino,
 Que es un horrible calvario,
 En dura cárcel le encierran
 A esperar un duro fallo.

III.

Allí con sus pensamientos
 Está solo el desdichado,
 Y en las imágenes tristes
 De una noche sin descanso
 Ve angustias, humillaciones,
 Abrumadores trabajos;
 Ve la muerte precedida
 Del martirio..... ¡Ve á su amo!
 Y aquella vision terrible
 Le produce tal espanto,
 Que suenan ayes dolientes
 En su encierro solitario.
 Como si de la inocencia
 Al gemido no escuchado
 Respondiera aterradora
 La cólera de lo alto,
 Así la voz del cautivo
 Cubre el huracán bramando,
 Y las torrentosas aguas
 De los rios desbordados.
 ¡Noche de horror! Fuertes muros
 Que al tiempo desafiaron,
 Aquel impetu furioso
 Quieren resistir, y al cabo
 Vacilan, tiemblan y crujen,
 Se derrumban desplomados,
 Que el huracán los sacude
 Como las hojas de un árbol.
 Todo es angustia y zozobra,
 Y pavora y sobresalto:
 En Dios esperan los buenos,
 Y temen á Dios los malos.
 Caen humildes viviendas,
 Caen templos y palacios,
 Y caen, cual sacudidas
 Por un gigantesco brazo,
 Las puertas de la prision
 Donde gime el africano.
 ¿Quién no medita un instante

Sobre este suceso extraño?
 Si solo una tempestad,
 Entre terrores y estragos,
 Puede romper las cadenas
 De un pueblo que gime esclavo,
 Sea: que tiemble la tierra,
 Que el mar la invada bramando,
 Que brille en la noche oscura
 La luz siniestra del rayo,
 Antes que la iniquidad,
 Tranquila, honrada, al sol claro
 La justicia en la tormenta
 Nos venga ¡ó Dios! de tu mano.

IV.

Pobre cautivo, estás libre;
 Sal, depon el terror vano;
 Ni puertas ni carceleros
 Irán á cerrarte el paso.
 Sal, tus opresores gimen,
 Ven á reir de su llanto.
 Mira cómo el huracán
 Los derriba ensangrentados,
 Ó en la furiosa corriente
 Exánimes ya, luchando.
 Te lanzas..... ¡Oh! Vengativo
 Vas sin duda á esterminarlos,
 Como el auxiliar terrible
 Del dolor y del espanto.
 Accion culpable es la tuya,
 Mas para el eterno fallo
 No has de responder tú solo
 De ese tu horrendo pecado.

V.

¿Qué es lo que miran mis ojos?
 ¿No será un sueño insensato
 De esos que forma el deseo
 En un mundo imaginario?
 No, no. Libre está el cautivo,

Y se lanza como un dardo
 Donde débiles enfermos,
 Mujeres, niños, ancianos,
 Con lastimeros gemidos
 Auxilio piden, amparo.
 Allí pelea sin tregua,
 Allí lucha sin descanso,
 Allí á riesgo de su vida
 Muchas vidas pone en salvo.
 Dijérase, al ver la fuerza
 De su poderoso brazo,
 Que de la rota cadena
 Habia sido forjado.
 ¡Alma noble y generosa
 Que así vengas los agravios,
 Que iniquidades recibes
 Y abnegacion das en pago,
 Que olvidas viendo sufrir
 Tu dolor desesperado,
 Y el odio fiero de raza
 Conviertes en amor santo!
 ¿Cómo habrá quien á la tuya
 Aplica torpes dictados,
 Con la grosera calumnia
 Su crueldad disculpando?
 ¡Silencio los detractores!
 Tu accion nos dice muy alto
 Que hay almas grandes, sublimes,
 En esos cuerpos esclavos,
 Almas, imagen de Dios,
 Al mundo entero clamando:
 —Que son de todas las razas
 Todos los hombres hermanos.—
 Sordos á esa voz divina
 Y á ese celestial mandato,
 Has visto á tus opresores
 ¡Ó heróico desdichado!
 Nada esperas. La tormenta
 Va sus iras aplacando.
 Ya no hay vidas en peligro
 Que puedas poner en salvo;
 Y en vez de huir donde logres

Ocultarte á tus tiranos,
 Á la pesada cadena
 Tiendes de nuevo los brazos.
 ¡No! ¡Jamás! Aunque culpables,
 Tan viles no son los blancos.
 Ya eres libre. Vete en paz,
 Y que Dios guie tus pasos.
 Tú, que estarás en su gracia,
 Porque amas y has perdonado,
 Pídele la redencion
 De tus míseros hermanos.

Concepcion Arenal.

ADVERTENCIA A NUESTROS SUSCRITORES.

Recordamos á nuestros Suscritores, que con el próximo número empieza el tercer semestre, y les rogamos que no demoren su pago, ó que de no querer continuar, devuelvan el periódico. No es gran trabajo, y así evitan gasto de papel, impresion y correo, con perjuicio de los pobres. Este número será el último que reciban los que no han pagado el primer semestre; sin duda por descuido quedan en deuda con los desvalidos, á quienes, en lugar de proporcionar una limosna, causan, aunque pequeño, un perjuicio.

OTRA.

Con el próximo número repartiremos el índice del tomo 1.º, que termina con el de hoy.

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Beneficencia.

	<i>Pág.</i>
La caridad como placer.....	6
Poder de la caridad.....	11
Benevolencia.—Artículo 1.º.....	14
Id. Art. 2.º.....	66
El Hospital general de Madrid.—Art. 1.º.....	21
Id. id. Art. 2.º.....	37
Id. id. Art. 3.º.....	57
Id. id. Art. 4.º.....	77
Oposiciones á las plazas de capellanes de los hospitales.....	23
La ley y la beneficencia.—Art. 1.º.....	29
Id. id. Art. 2.º.....	71
Id. id. Art. 3.º.....	101
Id. id. Art. 4.º.....	150
Toda caridad es loable.....	43
Escenas de la esclavitud.....	49
El ángel de la caridad.....	54
Carta de D. Juan Mañé y Flaquer.....	60
Historia de un ciego.....	85
La caridad en la guerra.—Anales de la Asociacion internacion- nal de socorro á los heridos.....	88
Id. id.....	133
Id. id.....	174
Id. id.....	189
Id. id.....	201
Id. id.....	238
Id. id.....	287
Id. id.....	319
Id. id.—Socorro á los prisioneros.....	333
La guerra y la caridad.....	215
¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!.....	235
Mas contra la guerra.....	259
Asociacion de la Virgen de los Desamparados en Valencia....	93
Buenos hijos de Vizcaya.....	94
Al Sr. Ministro de la Gobernacion.....	105

Patronato de los Diez.....	107
Id.....	123
Id.....	159
Id.—Carta á un suscriptor.....	172
Id.—¡Falta uno!.....	319
Escuelas de gratitud.....	109
El socialismo y la caridad.....	118
A los que se van.....	122
Funcion á beneficio de los pobres.....	123
La caridad en Málaga.....	125
La caridad.....	130
D. Juan Riaño y Peña.....	141
Las antiguas y las modernas fundaciones de beneficencia.....	143
Carta á un pintor.....	147
La mano bienhechora.....	156
Colegio de la Union en Aranjuez.....	161
Hospital y torno de Trujillo.....	163
Caridad secreta ó pública.....	166
Asilo de Nuestra Señora de la Asuncion en Madrid.....	177
Casas para pobres.....	181
Los manicomios son para los dementes pobres.....	185
¡Pobres dementes!.....	199
Manicomios.....	357
La caridad en Cartagena.....	209
La caridad en Fernan Nuñez.....	213
¡Pobres inocentes!.....	217
La caridad en la Coruña.....	225
Colegio del Carmen.....	241
Carta de D. Antonio Casares.....	244
El trapero.....	249
Fragmentos hallados entre los papeles de una persona compa- siva.....	251
Socorro á Barcelona, Alicante y Valencia.....	257
Id.....	320
El hospital.—Traduccion del ruso.....	262
La escuela del infortunio.....	265
Indiferencia y egoismo.....	268
Hermanas Carmelitas de la caridad.....	273
La llama del hogar.....	277
Influencia de la educacion en el sentimiento de la caridad.....	285
Las Hermanitas de los pobres.....	289
La orden civil de beneficencia.....	293

El mochil.....	297
La Condesa de Espoz y Mina.....	304
Id.....	317
La caridad en Hellin.....	305
La nieve.....	308
La benevolencia.....	311
Un error del egoismo.....	313
Las casas de socorro en Madrid.....	321
Los infelices felices.....	326
Dolores y consuelos.....	328
El visitador del pobre.....	331
La Sociedad de San Vicente de Paul y la revolucion.—Art. 1.º	337
Id..... Art. 2.º	353
Los chicos de la calle.....	356
Las obras de misericordia.—Visitar á los enfermos.....	360
Frio glacial y fuego sagrado.....	366
Asilo de Nuestra Señora del Consuelo en Ciempozuelos.....	369
Examen analítico de la caridad.....	373
Mil quinientos reales.....	376
Enfermería de la Tercera Orden de San Francisco.....	385
A la paz.....	387
¿Hay caridad en España?.....	390

Establecimientos penales.

Importancia de las cuestiones relativas al sistema penitenciario.	26
La vida del confinado.—En la prision preventiva.....	45
Id. En camino para el presidio.....	62
Id. La entrada en el presidio.....	96
Id. Sistema de reclusion.....	113
Id. El trabajo.....	168
Id. Id. (<i>Continuacion.</i>).....	194
Id. Id. (<i>Conclusion.</i>).....	232
Id. La reforma moral.....	246
Concurso para la construccion de la cárcel y presidio de Madrid.....	75
Casas de correccion para jóvenes.....	281
La penitenciaría modelo.....	316
Los empleados de presidios.—Art. 1.º	346
Id. Art. 2.º	363

Poesías.

Una comparsa de Carnaval.....	35
La caridad.....	56
Anales de la virtud.—Resignacion.....	90
Id. Precocidad para el bien.....	175
Id. La muerte del justo.....	300
Id. Valor heróico.....	349
Id. Probidad heróica.....	381
Id. Bondad sublime, valor.....	394
Fe, Esperanza y Caridad.....	140
Plegaria.....	204
Himno del corazon.....	221
A mi madre.....	240
La paz.....	254
A un espósito.....	270
Socorro á Navarra, Rioja y Aragon.....	367

Materias varias.

Una protesta.....	1
Esperanza.....	2
Carta del Excmo. Sr. D. Fermin Caballero.....	10
Cuenta del primer semestre de este periódico.....	222
Un dicho de lord Palmerston.....	379